

tripodes á este héroe, de la raza de Enéas, y á su gente descendiente de Enéas, y sacrificios á Tito y Hércules, á Tito y Apolo Delfico; y por espacio de muchos siglos un sacerdote de Flaminio lo honró con libaciones, cantando un himno que decía: *Veneremos la fe candidísima de los Romanos; juremos conservar eterna memoria de ella. Cantad, oh Musas, al sumo Júpiter, á Roma y á Tito y á la fe romana: ¡oh Apolo sanificador, oh Tito salvador!*

Mucho mejor recompensa obtuvo Flaminio cuando los Aqueos compraron á cinco minas por cabeza y le entregaron mil doscientos Romanos, que hechos prisioneros en la guerra de Anibal, y vendidos como esclavos gemían en el territorio de la Grecia, y á la sazón se afligían mas, comparando su triste situación con la de sus hijos y hermanos aclamados como libertadores (1).

Este astuto y afortunado capitán sacó las

Y en nuestros días comparándose á Anibal con Buonaparte, se cantó:

Tú de la tierra italiana
Fuiste odiado destructor;
Y el nuestro aprecio se gana
Como su libertador.

Barzani, en un opúsculo que en su tiempo movió algún ruido, hizo el paralelo entre Flaminio y Napoleón y entre los Romanos en Grecia y los Franceses en la Cisalpinia.

(1) Polibio, ante la inesperada fortuna de su patria, renuncia á la frialdad habitual de su narración. « Cuando llegó el tiempo de los juegos istmicos, habiendo concurrido de casi toda la tierra los hombres mas ilustres, en la expectativa de lo que iba á suceder, se hicieron muchos y diversos discursos durante toda la solemnidad. Quien decía que era imposible que los Romanos se alejasen de ciertos puntos y ciudades; quien afirmaba que se mantendrían lejos de los sitios mas célebres, y ocuparían los de menos nombrada, pero que podían prestarles la misma utilidad; y cada cual los designaba á su compañero, no cesando entre ellos de hablar. Mientras los hombres estaban en tales dudas, y se reunía la multitud en el estadio para ver los juegos, se adelantó el heraldo, é imponiendo silencio al pueblo por medio de una trompeta, le comunicó este edicto: *El Senado de los Romanos y el capitán procónsul Tito Quincio, vencedor en la guerra contra Filipo y los Macedonios, declaran libres, exentos de guarniciones y de tributos, y habilitados para que se gobiernen con las leyes patrias á los Corintios, á los Focenses, á los Locrenses, á los Eubeos, á los Aqueos, á los Flotas, á los Magnesios, á los Tesalios y á los Perrebios.* Levantóse á las primeras palabras un inmenso aplauso; algunos no oyeron el edicto, y otros lo querían oír otra vez; pero la mayor parte no lo creía y pensaba soñar, á causa de lo extraordinario del caso; por lo cual todos, á una voz, con nuevo ímpetu gritaban que se adelantase el heraldo y el trompeta al medio del estadio, y se repitiesen las mismas cosas, queriendo no solo oír, sino también ver al que hablaba, porque no daban crédito á lo que se había anunciado. Pero como el heraldo, habiéndose trasladado al medio y calmado el tumulto con la trompeta, repitiese lo mismo que al principio, estalló tal aclamación que no se puede concebir fácilmente. Cuando al fin cesó el aplauso, ninguno atendió ya á los atletas, discurrendo todos unos con otros ó consigo mismos, casi fuera de sentido; y después de los juegos, en el exceso de la alegría por poco no matan á Tito, queriendo algunos mirarlo de frente y saludarlo su salvador; empuñándose otros en tocarle la mano, y la mayor parte echándole coronas y cintas, que casi lo destrozaron. Aun no parecía el agradecimiento excesivo comparado con la grandeza de la acción, siendo admirable que los Romanos y su general Tito se condujeran con tan buena voluntad que hubiesen arrojado tantos gastos y peligros en obsequio de la libertad de los Griegos, y empleado para ello fuerzas adecuadas á la empresa. Lo mas grande de todo fué que la fortuna no se opusó á su designio, sino que se arreglaron las cosas de modo que con un solo decreto todos los Griegos que habitaban el Asia y la Europa recuperaron la libertad, quedando exentos de guarniciones y de tributos, y habilitados para gobernarse por sus propias leyes. » *Fragm.* 48 del lib. XVIII.

guarniciones de las fortalezas de Corinto, Cálcis y Demetriada, y prometió no dejar siquiera un soldado romano en Grecia. No obstante, se negó á libertar á Esparta del tirano Nábis, dando por el contrario auxilio á este contra los Aqueos, y á Filipo contra los Etolios; y el querer que cada ciudad conservase sus propias leyes llevaba por objeto el tenerlas desunidas, á fin de sojuzgarlas fácilmente y á voluntad, é impedir el incremento de la Liga aquea; empresa tanto mas fácil, cuanto que desde entónces en cada ciudad se formó un partido favorable á los Romanos, y otro contrario. Así, pues, por poco que se discurreria, era fácil conocer que la Grecia no estaba redimida, sino que habia pasado del señorío de los Macedonios al de los Romanos.

Se habia quitado á los Griegos, como á Cartago, la escuadra, en lo cual se echa de ver la insistencia con que Roma llevaba adelante el designio de dominar los mares sin grande armada, y permaneciendo potencia terrestre. Sin embargo, los Etolios, ya naturalmente inquietos, recelosos á la sazón al ver que Roma dilatava la retirada completa de las tropas, intentaron tomar á Esparta, Cálcis y Demetriada. No poca molestia ocasionó aquel movimiento á los Romanos, porque al mismo tiempo los Boyos y Ligurios se resistían todavía entre los Alpes, y hacían sangrientas las victorias, mientras que los Españoles insurreccionados habian obligado al pretor Catón á emprender nuevas guerras, en las cuales después de encarnizados combates tomó y desmanteló cuatrocientas ciudades.

Acaso atizaba todo este incendio Anibal, que aspirando á comunicar á todos su odio contra Roma, procuraba formar una liga entre Cartago, la Siria, y quizá también la Macedonia, á la cual ciertamente se habrían agregado los Estados menores, desengañados de las promesas romanas, y persuadidos de que la libertad no se recibe como un don, sino que es preciso tomarla.

Las ciudades libres de Grecia pretendieron que participasen de las franquicias las ciudades del Asia, principalmente las pertenecientes á Antíoco III; el cual por el contrario sostenía que en lo concerniente á los intereses de Asia, no debían mezclarse los extranjeros. Este rey se habia adquirido el nombre de *Grande*, tanto por su fortuna militar como por su clemencia, por su liberalidad y por la prudencia que guió sus acciones hasta la edad de cincuenta años, si bien después degeneró en pusilánime irresolución, que le causó graves desastres. Cuando para sostener antiguas pretensiones ocupó el Quersoneso de Tracia, los Romanos, requeridos por Esmirna, Lampsaco y el rey de Egipto, le intimaron que no pusiese los pies en Europa; pero ofuscado por consejeros ignorantes de las cosas exteriores, y que medían á Roma por el Oriente, contestó que como él no se cuidaba de Italia, así tampoco debían cuidarse los Romanos de sus Estados. Creyendo también inminente la

Antíoco III.

muerte de Tolomeo Filopator, extendía ya la mano sobre la Celesiria, la Fenicia y el Egipto, y se aumentó mas su ardor cuando Anibal, desconcertado en su patria por los Romanos, se refugió á su lado. Meditaba el gran aventurero coligarlo con Filipo de Macedonia y con Cartago, y hacerse enviar de nuevo á Italia con un ejército. Al efecto expidió á Cartago un Triunvirato con el aspecto de negociante, que dándose á conocer á los amigos de Anibal, les enteraba de lo que no convenia consignar por escrito; pero descubierta, debió huir, y los tímidos Cartagineses renovaron las protestas de sumisión á los pies de la soberbia vencedora.

Por fortuna de Roma desconfiaba Antíoco de Anibal, y no era capaz de comprender su genio, ó sufría mal las reconvenções de aquel hombre severo, que con despechos veía llevar en pos de sí un mundo de esclavos, y montado en un elefante ó rodeado de hermosas mujeres, imaginarse triunfador. Por tanto mas bien dió oídos á los Etolios, que deseando llevar la guerra á Grecia para su provecho, le aseguraban que en todas partes se declararían los pueblos á favor suyo. Antíoco, por su lado les prometía cubrir de escuadras todos los mares; pero unos y otros mentían; pues aquel apenas llevó diez mil hombres á Grecia; y los Etolios y Nábis, tirano de Esparta, se quedaron solos en la contienda: de suerte que los Romanos tuvieron tiempo de alcanzarlos, derrotarlos separadamente y dar la muerte á Nábis.

Antíoco entretanto se conducía de la peor manera, esto es, vacilando en sus resoluciones. Ya devolvía su confianza á Anibal, que le predicaba no ser posible vencer á los Romanos sino en Italia; ya escuchaba á los que le inspiraban sospechas contra el Cartagines, y buscaba nuevos aliados. Manifestando ciertas pretensiones á la corona macedónica, disgustó á Filipo, el cual, no bastante resuelto para aprovecharse de aquellas divisiones en ventaja de la Grecia y aumento de su propio reino, concedió á los Romanos el paso por su territorio, mientras que por mar se lo facilitaron los bajeles del rey de Pérgamo y de los Rodios; y cuando los aduladores aseguraban á Antíoco que jamás los Romanos entrarían en Grecia, los vió aparecer amenazadores; lo derrotaron en las Termópilas y en los mares de Jonia; y finalmente, lanzado de Grecia por Glabrio, se vió reducido á mantenerse á la defensiva.

Al ver esta serie no interrumpida de desgracias, decía Antíoco que un dios le habia echado un velo sobre los ojos: Prusias y Euménos aumentaban sus Estados con las tierras que se le arrebataban, y Anibal, mal ó tarde escuchado, se esforzaba en vapo para remediar aquellos desastres. Adelantábase Lucio Escipion, para quien habia obtenido el Africano el mando del ejército de Asia, ofreciéndose á ser su lugarteniente; y habiendo pasado el Helesponto, se detenía en Ilión para venerar la cuna de su nación, y hacer sacrificios en aquella Troya, cuyos

habitantes no poseían ni aun lo preciso para cubrir de tejas las casas. Habiendo caído prisionero el hijo de Escipion, Antíoco lo restituyó á su padre sin obtener por eso mas amplias condiciones. Finalmente, reunió todas sus fuerzas en Seplasia junto al Sipilo, último esfuerzo de todo el Oriente contra la reacción occidental. Diez y seis mil hombres armados á la macedonia, mil quinientos Gálatas, jinetes y coraceros de la Média, Argráspidas, Arqueros, Escitas y Misios, Cirteos, Elimeos, Tracios, Capadocios, Cretenses, Árabes en dromedarios, cincuenta y dos elefantes de la India, bastante mayores y vigorosos que los Africanos, ademas de muchos carros armados de hoces, componían el ejército de Antíoco. Pero los Romanos y Euménos, rey de Pérgamo, con el valor y la destreza vencieron al número, y derrotaron á aquel rey, matándole cincuenta mil hombres, y haciéndole ciento noventa mil prisioneros.

Quedó, pues, abatido para siempre el poder de la Siria. La paz que Roma concedió á Antíoco, tuvo por objeto no expulsarlo de la parte del Asia que se halla á este lado del Tauro, sino debilitarlo mas y tenerlo en absoluta dependencia, especialmente repartiendo en doce años la suma de doce mil talentos que debia pagar á Roma, y de trescientos cincuenta que se obligó á dar á Euménos de Pérgamo. Exigió también que entregase todos los elefantes y los bajeles; que diese en rehén á su propio hijo y al Etilio Toante; que entregase á Anibal (1), condición que acaso no dependió de él dejar de cumplir, y que echa un borron sobre la diplomacia de aquellos que poco ántes habian denunciado á Pirro el médico envenenador (2). Roma,

(1) Se dice que en aquella ocasion tuvieron Escipion y Anibal una entrevista en Efeso, y que el primero preguntó al otro quién juzgaba que era el mayor capitán. Anibal contestó: Alejandro, que con tan pocas tropas derrotó innumerables ejércitos. ¿Cuál el segundo? Pirro, que fué el primero que enseñó el arte de los campamentos. ¿Cuál el tercero? Yo. A lo que picado Escipion añadió: ¿Qué dirías, pues, si me hubieses vencido? En tal caso, replicó Anibal, me pondría sobre Alejandro, Pirro y cualquier otro capitán.

(2) Los pormenores del tratado eran poco mas ó menos como sigue: que hubiese perpetua amistad entre Antíoco y los Romanos, con tal que este cumplierse lo pactado; que no concediesen el rey Antíoco ni sus subalternos el paso por su territorio á los enemigos de los Romanos ó de sus aliados, ni les suministrasen cosa alguna necesaria, obligándose por su parte los Romanos y sus aliados á hacer lo mismo respecto de Antíoco y sus subalternos; que no hiciese la guerra Antíoco á los isleños ni á los Europeos; que evacuase las ciudades, los campos, las tierras y los castillos de aquende el Tauro hasta el rio Hális, donde este se inclina hacia la Liconia; que al verificar la evacuación no se llevara nada á excepcion de las armas de los soldados, y si por ventura estos hubiesen tomado cualquiera otra cosa, la restituyesen á las mismas ciudades; que no diese acogida á ningún súbdito del rey Euménos, faese ó no soldado; que si algunos de los habitantes de las ciudades que los Romanos tomaban á Antíoco estuviesen en su ejército, los remitiese á Apamea; que si algunos del reino de Antíoco estuviesen entre los Romanos ó entre sus aliados, tuviesen la facultad de quedarse ó irse; que restituyesen Antíoco y sus subalternos los siervos de los Romanos ó de sus aliados, los prisioneros, los desertores, y todos aquellos que de cualquiera parte hubiesen caído en su poder; que entregase, si le era posible, á Anibal, hijo de Amílcar, Cartagines, á Muasiloco, de la Acarnania, á Toante, Etolio, á Eubulides y Filon, Calcídios, á todos los Etolios que hubieran ocupado los primeros cargos y á todos los elefantes, de los cuales debia privarse en lo sucesivo; que asimismo entregase

fiel al papel que se había impuesto, no conservó para sí un palmo de tierra siquiera, y repartió las conquistas entre sus dos aliados mas poderosos en esta guerra, dando á los Rodios la Caria y la Licia, y á Euménas las dos Frigias, la Lidia, la Jonia y el Quersoneso. Pero no perjudicó tanto á Antíoco la pérdida de parte de sus Estados, como el haberle puesto á su inmediación aquel rival y explorador tan poderoso, como se había puesto á Masinisa junto á Cartago, y las Ligas etolia y aquea junto á Filipo.

Seléuco IV. 186.

Antíoco fué despues asesinado al querer apoderarse de los tesoros de un templo para pagar el tributo que se le había impuesto; y su hijo Seléuco IV Filopator vivió en la paz á que le obligaba la flaqueza de sus medios. Despues de la derrota de Antíoco se había hecho la Armenia independiente, y los dos gobernadores, Artaxias y Zariádras, constituyeron los dos reinos de la grande y la pequeña Armenia, que en la época siguiente veremos figurar en la historia de Roma.

Los Gálatas.

Ya hemos dicho que los Galos se establecieron un siglo ántes de estos sucesos en la Frigia, fundando allí una aristocracia militar, y gobernando el país por medio de doce tetrarcas electivos y temporales, que constituían el consejo de gobierno, ademas del cual había un consejo compuesto de trescientos miembros, custodio de los privilegios de la raza conquistadora, y tribunal supremo de justicia. No quitaron á los vencidos la religion: los Griegos continuaron adorando á Júpiter y Diana, y los Frigios á la Diosa Madre; venerada en Pesinunte, en una

as naves largas, con las velas y aparejos, y no tuviese mas de diez naves cubiertas, y ninguna de corso con treinta remos, ni siquiera con el objeto de una guerra principiada por él; que no navegase mas allá del rio Calicadno y el promontorio Sarnedon, sino en los casos de conducir tributos, embajadores ó rehenes; que se abstuviese de levantar gente en países sujetos á los Romanos, y de acoger á los extranjeros; que todas las cosas de los Rodios y de sus aliados, comprendidas en el reino de Antíoco, fuesen de aquellos, como ántes de la guerra promovida por él; que si les debiese dinero fuese exigible, y si alguna cosa se les hubiese quitado, se buscara y restituyese; que los efectos pertenecientes á los Rodios quedasen exentos de gravámen, como ántes de la guerra; que si Antíoco hubiese dado á otros algunas ciudades de las que debía devolver, hiciese salir tambien de ellas las guarniciones y la gente, y si alguno recurriese á él despues, que no lo recibiera; que diese á los Romanos de la mejor plata ática doce mil talentos en doce años, pagando en cada uno de ellos mil, y que no pesase el talento ménos de ochenta libras romanas; y ademas cuatrocientos cuarenta mil modios de trigo; que diese á Euménas trescientos cincuenta talentos en los próximos cinco años, á prorata, como á los Romanos; que en vez de trigo, conforme lo había valuado el rey Antíoco, pagase ciento veinte y siete talentos y las mil doscientas ocho draemas, que el rey Euménas había consentido en tomar, conviniendo así mejor á su tesoro; que diese veinte rehenes, renovándolos de tres en tres años, los cuales no habían de bajar de diez y ocho años; ni tampoco pasar de cuarenta y cinco, que si en la cantidad de los desembolsos anuales hubiera alguna diferencia, se compensase al año siguiente; que si algunas de las ciudades ó naciones contra quienes quedaba pactado que Antíoco no hiciese la guerra, fueran las primeras en hacérsela, tuviese la facultad de sostenerla, pero sin establecer dominio sobre ellas ni tenerlas por amigas; que las quejas y agravios que hubiese entre ellas y el rey se decidiesen en juicio arbitral; por último, que si ambas partes contratantes, de comun acuerdo, quisieran añadir cualquiera cosa al tratado, ó suprimirla, les fuese lícito hacerlo. POLIBIO, *Fragm.* 26 del libro XXII.

piedra negra é informe caída del cielo, con las locuras y obscenidades de los Galos. Durante la segunda guerra púnica leyeron los Romanos en los libros sibilinos que cuando un extranjero invadiese la Italia, se debía conducir á Roma la Cibéles de Pesinunte, con cuyo objeto expidieron embajadores á Frigia, y los Frigios se la concedieron.

Los Gálatas militaban á sueldo de los reyes de Siria y de Pérgamo; mostrándose siempre aliados indóciles y peligrosos. Con esto y los latrocinios adquirieron tales riquezas, que Ariamno, uno de sus feudatarios, tuvo un año entero mesa abierta, obligando aun á los pasajeros á detenerse hasta haber aceptado su hospitalidad (1). Aníbal y Antíoco habían pensado atraerlos á la liga que meditaban, pero ellos contestaron que se hallaban bastante seguros atacó sus montes. No obstante el pretor Manlio entre á las tres tribus de los Trocmos, Tolisto-^{189.} boyos y Tectósagos, y ayudado por los sacerdotes frigios, los venció y obligó á devolver todas las tierras quitadas á los aliados de los Romanos, á cesar en sus latrocinios, y á contraer alianza con Euménas, encargado de refrenarlos.

En su derrota merece recuerdo Quiomana, esposa del tetrarca Ortiagon, la cual habiendo caído prisionera, fué confiada á la custodia de un centurion, que libidinoso y avaro usó con ella de violencia, y luego le prometió la libertad si pagaba en rescate un talento ático. Avisó ella á sus parientes, que al tiempo convenido remitieron el rescate á la orilla de un rio, adonde habiendo llegado, mientras el centurion pesaba el dinero, mandó Quiomana á los esclavos que lo matasen, y cortándole la cabeza se la llevó á su marido. Oyendo este lo acaecido, exclamó: *¡Oh mujer, cuán bella cosa es la fidelidad!* Cierto, contestó Quiomana; pero es mas bello que pueda yo decir: dos hombres vivos no se alabarán de haberme poseído.

Sus mujeres.

Recuerda tambien la historia á Camma, mujer del tetrarca Sinátes, de quien se enamoró tan perdidamente el jóven Sinórix, que no pudiendo aquietar ni apagar su pasion, mató al marido, y despues la pidió á sus padres. Hostigada por estos, consintió en aquel enlace, pero el dia de las bodas bebió en el altar y dió á beber á su nuevo esposo una copa envenenada, y murió gloriándose de su venganza (2).

Las ciudades de la Troade, de la Bolido y de la Jonia ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de estas hordas; y así Roma continuaba presentándose como libertadora, habiendo llegado á ser en diez años, no la señora, sino la árbitra del mundo, desde el Eufrates al Atlántico. Los Estados principales se hallaban de tal suerte debilitados, que no habrían desplegado una bandera sin su asentimiento: el Egipto desde el año 201 se había entregado á su tutela;

(1) ATENEJO, IV, 10, 13, 15.

(2) VAL. MAXIMO, VI, 1.—SUEVAS EN V. ΟΡΤΙΧΩΝ.—FLORO, I, 41, A. VICTOR, 55.—PLUTARCO, *De la virtud de las mujeres.*

y los Estados pequeños ambicionaban su amistad ó invocaban su proteccion. Roma estaba presente en todas partes mediante sus emisarios, que bajo el carácter de embajadores eran espías y agentes sediciosos; fomentaba las rivalidades recíprocas, las facciones intestinas y las guerras exteriores aun en los mas pequeños países; acogia todas las quejas que se dirigian contra Filipo, contra Antíoco, contra los Etolios; daba siempre la razon á los débiles contra los fuertes, y lo que es mas maravilloso, tantas guerras no la habían enflaquecido, ántes bien enviaba nuevas colonias: tan eficaz era su sistema de reformarse continuamente con las gentes italianas y con los libertos que se asimilaba.

CAPÍTULO XI

Interior de Roma.

Mientras la Grecia, en el abrazo de esta pretendida hermana, perdía la libertad, Roma perdía su carácter original, y el vencido Oriente se vengaba difundiendo sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Los Romanos, habiéndose conservado puros mas bien por la ignorancia del vicio, que por doctrinas discutidas ó severas creencias, apenas conocieron el lujo y las costumbres de Asia, se precipitaron en ellas. No solo en secreto, sino ya públicamente en el foro y en el Capitolio, se adoraba á los dioses con ritos distintos de los patrios: el Latino Saturno se casó con la Griega Rea; al Sabino Marte se le quitó la antigua esposa Neriena, y se le confundió con el Ares homérico; el Etrusco Jano se convirtió en Diana, permaneciendo no obstante junto al Zeus de los Griegos, y precediéndolo siempre en las invocaciones; y á los dioses agrícolas y pastoriles reemplazó una generacion de númenes guerreros, entre los cuales descollaba Rómulo. En el año 534 de Roma decretaba el Senado que se demolicen los templos de Isis y Serápis, y como ningun ciudadano osaba poner la mano en la obra profana, L. Emilio Paulo dió el primer hachazo en sus impostas; ochenta años despues, el pretor C. Cornelio Híspalo arrojó de Roma y de Italia á los Caldeos astrólogos y á los adoradores de Júpiter Sebatío. Ya hemos dicho que en la segunda guerra púnica, acaso para reanimar el valor, se hizo trasportar de Frigia á la diosa Cibéles, gérmen de nuevas supersticiones.

Estas se aumentaban en los peligros, aunque nunca se multiplicaron tanto los prodigios como durante la guerra con Cartago: un niño de seis meses gritó *triumfo* en el mercado de las verduras; aparecieron en el cielo figuras de naves; cayó un rayo en el templo de la Esperanza; Juno blandió la lanza; llovieron guijeros en el Piceno; en otros puntos brotó sangre; se abrieron los cielos; sudaron las imágenes; hubo gallinas trasformadas en gallos; nacieron cabras lanudas, y la luna chocaba con el sol ó aparecía de doble magnitud. Para desviar los sinies-

tros presagios, se aumentaban las devociones, de manera que parecia que otros númenes y otros hombres habían reemplazado á los anteriores (1).

Que si la variedad de ídolos y la introduccion de cultos extraños en la Grecia era mas que otra cosa fuente de nuevas bellezas, entre los Italianos, inclinados naturalmente á aplicar las ideas á la práctica, alteraban la vida y la conducta, y daban alimento á la ferocidad y al sensualismo. La lascivia y los espectáculos sangrientos parecieron, pues, religion; el pueblo acudia á los juegos de gladiadores, costumbre tomada de la Campania, saciándose en el espectáculo de la matanza; y en las bacanales se entregaba á increíbles excesos de voluptuosidad. Antíguo era entre los Etruscos el culto de Baco, símbolo de la vida y de la destruccion, y tres dias cada año se hacian las iniciaciones, de dia y por mujeres solas. Paula Minia, sacerdotisa de Capua, y un sacerdote griego, pervirtieron estas fiestas reuniendo á hombres y mujeres, y aumentando hasta cinco por mes el número de las reuniones nocturnas. Varron describe las pompas báquicas en Lavinio, en las que se llevaba en procesion la figura del falo sobre un carrito, y la mas casta matrona lo coronaba (2).

Bacanales.

Se habían llevado secretamente aquellos ritos á Roma desde la Etruria y la Campania, y Tito Sempronio Rutilo propuso á su yerno iniciarlo en ellos. Dió este noticia de la proposicion á una querida suya, la cual, llena de terror, le infundió la sospecha de que pudiera ser un artificio de aquel para perderlo y evitar así el rendirle cuentas de los bienes que administraba. Creyólo este fácilmente, y se refugió al lado de una tía, la cual denunció el caso á los cónsules, y de este modo se descubrieron aquellos misterios. En ellos se mezclaban confusamente los iniciados en la oscuridad; y despues corrian como furiosos al Tiber, apagando en él las antorchas, y el que rehusaba tomar parte en estas infamias era cogido por una máquina y precipitado en profundos abismos. El terror vulgar, la astucia aristocrática, el hábito de juzgar perverso cuanto era arcano, habrán alterado as narraciones, de modo que es imposible adivinar lo que tengan de verdicas; pero sabemos que de noche se pusieron guardias y se hicieron indagaciones; siete mil iniciados se descubrieron solo en Roma; muchísimas mujeres declaradas culpadas fueron entregadas á sus parientes, que les impusieron suplicios domésticos; y luego de una á otra ciudad se extendió la investigacion, encontrándose una multitud de complicados en todas partes.

Otras atrocidades se multiplicaban, y en un solo año fueron convictas ciento setenta mujeres de haber envenenado á sus maridos para pasar á los brazos de otros nuevos; y atrocidades debo llamarlas, bien fuese real la culpa, ó bien la ley hubiera castigado á inocentes. ¿Qué diré

(1) LIVIO, XXV, 4, XXIX, 5.

(2) AP. AGUST., *De civ. Die*, VII, 24.